

LA TEJEDORA

1

Las evocadoras notas de Vangelis sonaban debajo de sus agitadas voces, mientras las luces delanteras del Audi A4 de Javi, desgarraban la negrura que los envolvía. El frondoso bosque, se extendía a ambos lados de la carretera. Las ramas de los árboles que la flanqueaban, se enmarañaban a escasa distancia del capo: era como si estuvieran cayendo por la serpenteante garganta de un gigante. Álex abrió un par de dedos su ventanilla, al tiempo que se encendía otro cigarrillo. Había perdido la cuenta de cuantos llevaba. Muchos, a juzgar por el rebotante cenicero del coche. Claro que Javi tampoco era un chico Dir, por así decirlo. Pero no le preocupaba. Cuando uno mantiene una apasionada conversación con personas que quiere, no está para contar cigarros.

-No paras, cariño -dijo Marta, desde los sombríos asientos traseros-. Desde que salimos de Barcelona, te has fumado medio paquete.

Claro que si les importas, serán ellos quienes los cuenten.

-Ah, también dicen que se ven luces extrañas y aquelarres de brujas -recordó Javi, sin quitar los ojos del solitario asfalto-. Hasta creo que hay señales para que vayas con cuidado con los duendes que cruzan la carretera.

Todos se echaron a reír. Y Álex, que en esos momentos estaba dando un sorbo a su Pepsi, casi se atraganta.

-Que miedo -dijo Álex con un ligero tembleque. A cada curva, Álex tenía la sensación que alguien o algo, aparecería para darles el susto de sus vidas.

-Me pasas un piti -pidió Mireia, asomando la cabeza entre los dos asientos de delante-. Vais a flipar con la casa, ¿eh vida?

-En la foto parecía guapa -respondió Javi mientras apretaba el mechero eléctrico.

Todos se hallaban en los albores de la treintena y tenían gustos y aficiones parecidas: bucear en las aguas más profundas de sus psiques, reírse de los pequeños y cotidianos obstáculos, que uno, al creer que sólo le pasan a él, los convierte en montañas, los cuentos de Lovecraft y las novelas de Verne, y las *crêpes* de chocolate. Y detestaban cosas parecidas: distinguir el bien del mal, los juicios categóricos, las religiones y *Operación triunfo*. Pero si había algo que les devolvía aquella cuasi olvidada ilusión infantil, donde todo es posible,

aquella alegría salvaje e ilógica, era el misterio. El misterio en todos sus aspectos: literario, cinematográfico, legendario... Y ése, y no otro, era el motivo de su pequeña excursión a una aldea del Pirineo catalán, denominada "Arrós". Allí habían alquilado una casa rural, que Javi encontró en una guía de turismo alternativo. Se ve que en los alrededores de este pueblo perdido, ocurren cosas extrañas, muy extrañas.

-Que raro -comentó Álex, alumbrando con la linterna que Javi guardaba en la guantera, el mapa que se mecía en su regazo-. Hace rato que deberíamos haber visto el desvío de tierra que lleva a "Arrós".

-Quizá lo hemos pasado y no nos hemos dado cuenta -opinó Mireia.

-No lo hemos pasado -acotó Javi, al tiempo que bajaba el volumen de la radio.

-He dicho: quizá -replicó Mireia.

De pronto, un fuerte CLIC metálico, semejante al que produce un revólver descargado al apretar el gatillo, tensó los músculos del pasaje y el Audi hizo un leve zigzag.

-¡Joder que susto! -exclamó Javi sonriendo, mientras se llevaba el círculo rojo del mechero eléctrico a la punta del pitillo.

-Puede que en el mapa el trayecto parezca más corto de lo que... Mira un cartel, haber... ¿Qué cojones...? -murmuró Álex.

Nadie esperaba ver lo que vio. Era un cartel cualquiera de: Bienvenido a... Sin embargo, las letras eran una especie de caracteres arabescos escritos en rojo fosforescente. En Marruecos no se hubieran sorprendido, pero en la "Catalunya" profunda...

Se miraron, y sin saber porqué se pusieron a reír. Aunque se adivinaba en sus ojos, la misma sensación que oprimía el estómago de Álex. Algo no iba bien. Ese no era un burdo letrero, improvisado con dos palos y un rotulador. No, no se trataba de ninguna broma. ¿Pero entonces...?

-A lo mejor es que hay un badulaque por aquí -dijo Marta, provocando agudas y nerviosas risas.

Marta y Mireia se inclinaron hacia delante, después de ver la enigmática señal. Y Álex, quitó su mano del reposa brazos de la puerta. Era como si la temperatura hubiera bajado diez grados de golpe, y el tablero de instrumentos fuera un moribundo fuego.

-Estoy flipando -dijo Javi incrédulo-. ¿Qué hace un cartel en árabe en el "Pallars Sobirà"?

-A mí me ha parecido que estaba en japonés -apuntó Mireia, acelerando el ritmo de sus caladas.

-¿Os habéis fijado en el último símbolo? -preguntó Álex.

-Era una espiral, ¿no? -dijo Marta frunciendo el entrecejo, mientras acariciaba el pelo de Álex.

-¡Dios! -gritó Javi.

-¡Hostia puta! -berreó Álex.

-¿Qué es? -gritó Mireia histérica.

Marta casi arranca un mechón de la larga cabellera de Álex. Lo que acababan de presenciar no podía haber pasado. El pánico que sintieron ante aquella imagen de pesadilla que cruzó la carretera, fue inenarrable. Sólo en una ocasión, Álex sintió algo parecido. Fue en la granja de su tío Matías: Estaba haciendo la siesta en el sofá del comedor, tumbado boca arriba. De repente, notó como si alguien le acabara de tirar un tapón de corcho en el estómago. Al principio pensó que se trataba de su primo, que le estaba haciendo la puñeta. Pero entonces sintió que aquel tapón de corcho se movía, con sus finas patitas. Cuando abrió los ojos, vio una enorme y gorda araña subiendo velozmente en dirección a su cara. La apartó de un manotazo, que le dolió más a él que a ella, y una vez en el suelo, la aplastó con la zapatilla. Ya no era más que un moco rojo con patas, pero él siguió golpeándola hasta que llegó su tío, alarmado por los golpes, cinco minutos después. No obstante, a pesar de su ilógica relación entre las dos experiencias (las dos tenían el mismo sabor a podrido), lo que ocurrió en la granja de Matías, no era nada del otro mundo. Lo que había cruzado corriendo la carretera, sí. Un monje encapuchado, salió del bosque, y acompañado por los desorbitados ojos de los tripulantes del Audi, se introdujo en la espesura opuesta. El monje apenas medía un metro de altura.

-¿Qué era eso? ¿Qué era eso? -aulló Álex como un loco, con el rostro desencajado.

-¡Joder, joder, joder! -bramó Javi, pisando el acelerador.

El tranquilo va y ven nocturno, se había convertido en un macabro rally, con *La petite fille de la mer* de fondo. El maldito bosque nunca se acababa, y la carretera era el único indicio humano. Ninguna señal, ninguna casa, ningún coche, nada.

-¿Lo habéis visto? ¿Lo habéis visto? -preguntaba Marta exprimiendo el hombro de su novio.

-¡No tiene sentido! -se quejó Javi-. ¿Que hace un niño solo en este bosque, y disfrazado de monje? No tiene sentido.

-Tenías razón -dijo Álex dándole un calo a la colilla-. Aquí pasan cosas muy raras. Lo mejor será continuar hasta "Lladorre". No me hace ninguna gracia ir a ese pueblo perdido.

-Estoy de acuerdo -añadió Mireia, mostrándole su temblorosa mano, para que le diera un pitillo.

El corazón de Álex latía con tal violencia, que no le hubiera extrañado que los demás lo escuchasen. Javi estaba blanco, y las marcas de sus empapadas manos en el volante, daban testimonio de lo asombroso.

-¿Estás bien, Marta? -le preguntó Álex, mientras cogía su trémula mano con las suyas.

-No.

Al pillar una recta, Javi puso las largas. El claustrofóbico túnel vegetal, se proyectó hasta una pronunciada curva a la derecha.

-No termina nunca, joder -masculló Javi.

Mireia se lanzó hacia la radio con tal ímpetu, que Álex pensó que algo la había empujado desde atrás. Suena estúpido, pero así se lo pareció. La apagó y dijo:

-Escuchad.

Una siniestra risa de vieja, les puso el vello como púas. Y no se hallaba muy lejos. Las pálidas caras de Mireia y de Marta ya se encontraban a la altura de las de Javi y Álex, el cual supuso que estarían en una posición bastante incómoda. Pero cuando monjes enanos y carcajadas de vieja acechan en la oscuridad, cualquier postura es válida. Sin embargo, lo peor fue oír como brotó por la misma boca de la que emergía la carcajada de un demonio, el nombre de Álex.

-¿Ha dicho Álex? -preguntó éste conteniendo la respiración.

-¿Pero como va a saber tu nombre? -exclamó Javi, con más miedo que convicción.

-Yo... yo... diría que sí -balbuceó Mireia. Sus delgados labios, tiritaban como cuando estas a punto de llorar.

Álex miró a Javi, luego a Marta y a Mireia. Sus muecas expresionistas confirmaron sus sospechas. Ellos también escuchaban el rumor que crecía detrás de ellos. Un rumor espantoso, como el de una avalancha, o una manada de elefantes en estampida. Aunque nadie se atrevió a mirar por los retrovisores, y mucho menos darse la vuelta para comprobarlo.

-¡Un desvío! -gritó Marta, señalando con el dedo un abrupto camino de tierra.

"La Teixidora" (La Tejedora), anunciaba la señal en forma de flecha, que apuntaba al camino de tierra. Marta y Mireia, que no llevaban puesto el cinturón, se golpearon la cabeza contra el techo, cuando de un volantazo, Javi descendió del asfalto rumbo a La Tejedora.

2

Una inmensa nube de polvo se levantó cuando Javi frenó delante de la taberna del pueblo. Por suerte, tras el golpe, Marta y Mireia ya llevaban puesto el cinturón. Álex, con el pecho dolorido por la trabada, se quitó el suyo y abrió la puerta, tal y como hicieron sus amigos. La farola de la entrada del pueblo y las ventanas de la taberna, eran los faros de un pueblo engullido por la oscuridad. Una brisa helada paseaba por la desierta calle principal, a cuyos lados, dormían profundamente una docena de casas de piedra, separadas algunas de ellas por estrechos callejones.

Un hombre que rozaría la cincuentena, orondo y con ojos de rumiante cansado, les abrió la puerta antes de que la alcanzaran, al tiempo que una campanilla sonaba dentro del local.

-Os ha pasado, ¿verdad? -preguntó con tono grave.

No pudieron articular palabra, pero sus caras hablaban por sí mismas.

-Entrad.

Las paredes eran de piedra al igual que el suelo, el cual descendía levemente hasta una pequeña chimenea que ardía en el fondo, junto a una estantería de madera donde discutían a través de un vetusto transistor de radio, el presentador y el invitado: "...me niego en rotundo -sentenció el invitado-. La auténtica caza se basa en enseñarle a la presa, que en las salidas auténticas hay peligro, y en la falsa, donde está la trampa, hay seguridad." Varias sillas reposaban encima de las mesas, otras esperaban su turno. En una de éstas, un arrugado anciano, que parecía que le hubieran succionado todo obstáculo que se encontrase entre la piel y los huesos, apuró su copa, y se colocó las gafas que le colgaban del cuello.

-Otra vez, José.

José, así se llamaba el anciano, parpadeó a través de sus gafas de culo de botella. Era como un expirante búho con bata y zapatillas.

-Perdón, me llamo Alberto y él es mi padre, José.

Podían mirarlos, pero no fueron capaces de decir nada. Los cuatro tenían la sensación de estar viviendo un sueño creado por Carroll, y no diferenciaban lo normal de lo que no lo había sido. En esos instantes, nada escapaba de aquella atmósfera irreal.

-Necesitáis una copa -dijo Alberto entrando en la barra-. O dos.

Mientras Alberto llenaba hasta arriba los cuatro vasos, Javi tenía la mirada puesta en las decenas de recortes de periódico, enmarcados por encima de una ladera de licores y otras bebidas alcohólicas. Aunque su atención, se hallaba lejos de ellos.

Hasta el tercer whisky no despegaron los labios. Álex no soportaba la cabeza de jabalí que estaba encima de la puerta. No soportaba sus desorbitados ojos de cristal, y tampoco el fuerte olor a bodega del que se hallaba impregnada la taberna.

-¿Qué demonios pasa en este lugar? -preguntó Javi con la cabeza gacha.

-Nadie lo sabe, pero de vez en cuando, ocurre.

-Es la vieja de los ocho pies -dijo José, con la aflautada y entrecortada voz de la vejez.

-Déjalo ya, papá.

-Habéis caído en su telaraña -prosiguió el viejo, poniéndose en pie con serias dificultades. Andaba hacia ellos como un muñeco de cuerda, al que tendrían de dar más cuerda para que alcanzara la barra-. Y ahora os comerá, siempre lo hace.

A Marta le entraron arcadas cuando vio que sólo poseía un diente, un incisivo, largo y blanco como una almendra pelada. Sus enormes ojos se clavaron en los de Marta, como si esperase a que ella le diera cuerda. Marta casi vomita. Ella y Álex, siempre se apoyaban en los momentos difíciles, en los difíciles de verdad. A veces ella tenía que ser fuerte, y a veces lo tenía que ser él. Pero ahora, la bruma de lo imposible, los distanciaba con su densa locura.

-No le hagáis caso -les advirtió Alberto bajando la mirada. Parecía avergonzado-. Es muy mayor.

-Siempre -repitió José.

-¡Cállate, papá! -vociferó Alberto.

Acto seguido, José reemprendió su marcha, esta vez hacia la puerta que estaba a la izquierda de la estantería, donde seguían discutiendo el locutor y el invitado. Poco a poco, fue traspasando la cortina de hilos adornados con ruidosos macarrones de plástico, que colgaban en la puerta. Y desapareció.

-¿Qué ha querido decir? -preguntó Álex a Alberto.

-Veréis... -Se rascó la barbilla y buscó en el chisporrotear del fuego, las palabras que no encontraba, o que no quería encontrar-. Cuentan que a mediados del diecinueve (aunque muchos están convencidos que ya nos había visitado en tiempos anteriores), llegó al pueblo una anciana que era capaz de... como decían los abuelos de nuestros abuelos: Descoser el aire. -Tras unos segundos de silencio, en los que Alberto no paró de morderse los labios, continuó- : Nunca se mezcló con la gente del pueblo, si bien es cierto que la gente tampoco quería acercarse a la anciana de la gran falda negra. Vivía en lo profundo del bosque, donde, según dicen, desde su llegada moraban criaturas infernales. Muchos aseguraban haberla visto aparecer de la nada en mitad del campo, para desaparecer más tarde en un estrecho callejón. Nadie se atrevía a mirarla directamente a los ojos, a sus grandes ojos sin párpado, ojos, según cuentan, de otro mundo. Creían que si lo hacían, se los llevaría con ella al infierno. Y en la noche de navidad del mil ochocientos sesenta y dos, ocurrió.

-Otro, por favor -le pidió Álex acercándole el vaso.

-En la masía de los Balaguer -continuó Alberto, desenroscando el tapón del J.B.-, Jacinto, el hijo menor de cinco hermanos, salió para averiguar porqué ladraban los perros, mientras el resto de la familia preparaba la cena. Un grito de horror como nunca antes se había oído en este pueblo, rasgó el atardecer y encogió el corazón de la madre de Jacinto. Toda la familia supo de quien era ese grito, y salió precipitadamente a ver que le había pasado al pequeño. A pesar de oír los estremecedores chillidos del niño cerca de la entrada de la casa, no conseguían verlo. Lo que si pudieron observar, fueron sus chiquitinas pisadas grabadas en la nieve. Éstas iban desde la puerta, hasta unos diez metros en línea recta. A partir de allí, nieve virgen. En cien metros a la redonda no hallaron ni una sola pisada, ni de Jacinto, ni de otra persona. No obstante, sus espantosos gritos seguían estando ahí, torturando la razón de esa pobre gente. Y, misteriosamente, donde se oían más de cerca los gritos, era justo donde acababan las pequeñas pisadas. Hasta que, lentamente, se alejaron ante la desesperación de padres y hermanos. O, como dijo el padre: " ...sus gritos subían, subían, subían, ¡pero él no estaba!" -Alberto se asemejaba cada vez más, a uno de esos contadores de cuentos que no se los tragan ni los niños. Álex y Javi, se miraron por el rabillo del ojo: "Este tío lo tiene ensayado"-. Ante la impotencia que les causó perder un hijo delante de sus narices, sin ver al culpable del sobrenatural secuestro, los rumores que corrían por las frías calles del pueblo,

rumores que hablaban de una anciana que descosía el aire, y que llevaba una gran falda negra para ocultar sus ocho pies (eso es lo que aseguraron haber visto tres niños días atrás), se convirtieron en una verdad tan aplastante como que el sol sale cada mañana.

>>Era la oportunidad que todos habían estado esperando, así que nadie vaciló a la hora de coger una hacha o una azada, y unirse al nutrido séquito encabezado por el padre y la madre de Jacinto, que montaña abajo se encaminaba hacia el bosque, antorcha en mano. "Si es necesario iré al mismísimo infierno a buscar a mi hijo", les anunció el padre. Nadie esperaba lo que les depararía en este maldito bosque que rodea al pueblo (por donde ahora pasa la carretera), y, de echo, nadie lo sabe. La aldea entera desapareció aquel veinticuatro de diciembre de mil ochocientos sesenta y dos. Bueno, casi.

Alberto les señaló con el índice un amarillento recorte de periódico, enmarcado entre otro recorte más reciente que decía: "Desaparecen tres chicos en extrañas circunstancias", y una fotografía en la que aparecía Alberto sosteniendo una trucha gigantesca. El titular rezaba: "Un incendio arrasa "La Teixidora" y sus alrededores." Y debajo, entornando los ojos, leyeron: "Al parecer, únicamente ha habido un superviviente. A causa de la conmoción de haber perdido a toda su familia en el incidente, el superviviente relata una delirante historia."

Alberto descolgó el marco y se lo entregó a Marta. Todos se arremolinaron a su alrededor, y leyeron la declaración delirante de Pedro, el superviviente: *"Aquellos seres sólo pueden existir en nuestras peores pesadillas. Al verlos, la gente tiró las antorchas y corrió... corrió aterrada y desperdigada hacia el pueblo. Yo hice lo mismo, pero resbalé por un embarrado desnivel y caí. Di vueltas y vueltas hasta que me golpeé la cabeza y perdí el conocimiento. Quizá eso me salvo la vida, porque creo... creo que el pueblo... ¡el maldito pueblo es una trampa! ¡Ahora todos están en el mundo de la vieja!* -declaró, incapaz de aceptar la magnitud de la catástrofe."

En el resto del texto, se lanzaban varias hipótesis sobre las posibles causas del suceso, y lo complicado que estaba resultando encontrar los cadáveres, de echo, aún no habían encontrado ninguno.

-Hay gente que piensa que este lugar es la frontera, un fino velo (y casi inexistente en algunas épocas) entre su mundo y el nuestro. Por lo que nada es lo que parece, o... sí.

Javi se levantó del taburete y empezó a andar. De la chimenea a la puerta, de la puerta a la chimenea, y tras repetir un par de veces este recorrido, sin dejar en ningún momento de

acariciarse la nuca, se detuvo frente a Álex.

-Vámonos -ordenó Javi.

-Yo no me muevo de aquí hasta que se haga de día -dijo Marta, auto sirviéndose otro vaso de J.B..

-Todos hemos oído aquella risa. ¡Era la de la vieja! -sollozó Mireia, completamente ida.

-Antes ha dicho que no éramos los primeros en pasar por esto. -El tono de Álex era el de un fiscal actuando el día después de haberse divorciado, otorgándole a él, las migas de un inmenso pastel-. ¿Se puede saber que COJONES les ha pasado a los demás?

Alberto llenó el vaso de Mireia y se lo bebió él de un trago. Javi aprovechó para encenderse un pitillo. Tenía los labios tan secos, que cuando quiso quitarse el cigarro de la boca, se le quedó enganchado, quemándose el puente que une al índice con el corazón.

-Que... que no han vuelto. -Y sin una mínima pausa soltó a borbotones-: ¡Pero eso no significa que no podáis regresar vosotros, no, no, no significa eso, no!

Aquello no podía estar pasando. Ahora Álex se daba cuenta de que en realidad nunca había creído historias como las de David Lang. Historias que hablaban de gente que aparecía de la nada cien años después de, literalmente, desaparecer delante de varios testigos. Y tampoco, aquellas que relataban como alguien había estado en mundos que existían solapadamente con el nuestro. Y mucho menos de las que contaban como personas, barcos o aviones, desaparecían y jamás se volvía a saber de ellos. No, eso eran cuentos de campamento. Relatos que se narran al calor de un buen fuego, o dentro de un coche que circula por una solitaria carretera a medianoche. En definitiva, charcos de fantasía que se evaporan al amanecer, o al encender el televisor.

Por mucho que Alberto se pasara la mano por su frente perlada de sudor, ésta no tardaba ni cinco segundos en volver a brillar. Y una vez más, llenó los cuatro vasos con J.B.. Sin embargo, en esta ocasión, le temblaba tanto el pulso que acabó formando un lago de whisky en la barra.

Álex estaba convencido de que les escondía algo, se veía a kilómetros. Pero ¿qué? ¿Acaso había algo peor que tener tantas probabilidades de quedarte en tu mundo, el de las *crêpes* de chocolate, como de que te toque un pleno al quince jugando por ochenta céntimos? De un trago vació su vaso. ¡Dios! Álex no aguantaba a ese tocino sudoroso, ni a su padre, el

búho de cuerda. ¡Suéltalo ya, coño! ¡Suéltalo!, pensó Álex.

-¡Suéltalo! -gritó ante el brinco de sus amigos.

Pero no fue por su grito, que los rostros de sus amigos se petrificaron, y sus ojos perdieron el destello de la vida. Parecía que se hubieran muerto del susto. Fue por lo que se hallaba detrás de Álex, observándolos desde la ventana.

-Nunca me acostumbraré -musitó Alberto para sí-. No soy más que la mosca que atrae a las otras moscas. -Y comenzó a llorar-. ¡Tenéis que entenderlo, los demonios del bosque no se irán hasta que ella sacie su apetito!

Entonces Álex se dio cuenta de que todos los recortes de periódico que se hallaban detrás de la barra, eran noticias de desapariciones, y que en la mayoría de ellas, habían fotografías de los desaparecidos. Eran las truchas y los jabalíes de la vieja de la gran falda negra. Volvió a escuchar la campanilla que sonaba al fondo de la taberna. No se atrevió a girarse.

-B-buena c-ca-caza, señora -tartamudeó Alberto.

Álex escuchó los pasos que producirían cuatro personas, acercándose lentamente hasta él. No la vio, pero olió el podrido aliento que acompañaba a la siniestra y decrepita carcajada. Cuando cerró su mano derecha en forma de puño, comprobó que estaba demasiado borracho y demasiado aterrado, y su agresividad, era igual de peligrosa que la de un pequinés frente a un león hambriento. Después, el sonido de una tela que se desgarró poco a poco, y el tacto de una mano de finos y excitados dedos que le acaricia el pelo, antes de agarrárselo para arrastrarle hacia lo desconocido.